

VIÉNDOLAS PASAR
José A. Ponte Far

Un milagro necesario

CON este Xacobeo que se avecina, podemos sufrir una avalancha turística, que no será sino otra invasión de los bárbaros modernos. Todos sabemos que el turismo se ha convertido en una industria y que, seguramente, es una actividad necesaria para la buena marcha de la economía gallega. Pero no deja de ser una pena ver Santiago tomado por hordas de jóvenes que siguen a un monitor uniformado; de gente mayor que no pierde de vista a alguien que va al frente del grupo con un bastón alzado; de niños que gritan mientras los profesores los mantienen en desordenadas filas. Conviene saber lo que se nos viene encima para evitarnos sorpresas. Porque la mayoría de la gente que aquí llega responde al modelo del turista típico: un ser ruidoso al que le vale todo con tal de llenar unas horas con las que no sabría qué hacer; la persona que viaja para escapar por unos días a su propio cerco vital.

Y es que las cosas han cambiado mucho y, como casi siempre, para mal, pues hasta no hace mucho tiempo se viajaba para conocer otros pueblos, otras razas, otras costumbres. Antigüamente, alguien emprendía un viaje para encontrarse consigo mismo y, de paso, aprender algo de otras culturas. Mucho antes que los romanos, los primeros viajeros ya enfilaban el camino hacia Finisterre para vislumbrar el Más Allá y descifrar lo indescifrabable. Y Jasón y los argonautas habían emprendido un colosal viaje en busca del vellocino de oro. Y los cruzados iniciaban un viaje a los santos lugares, que, entre ida y vuelta, duraba toda su vida. Y mucho más tarde, Julio Verne viajó imaginativamente a la Luna y al centro de la Tierra; Proust, al centro de la memoria, y Camilo José Cela, a la profundidad de La Alcarria. Es decir, antes, tanto los héroes como los escritores, como la gente normal, viajaban por algo. Ahora, desde que es de muy buen tono enseñar el álbum de fotos que certifica que estuvimos en el último lugar de moda o en aquel viaje al que se apuntó tanta gente y del que tanto se habló en los medios, se viaja por viajar. Para presumir de haber ido o haber estado. Y esto, claro, es una equivocación.

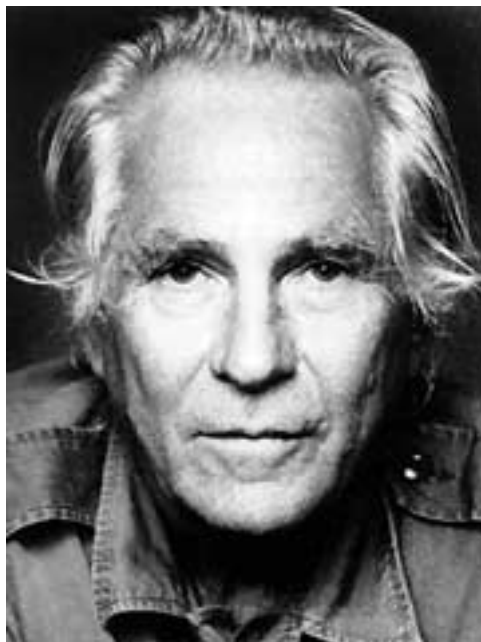
Y lo que es peor, tiene efectos colaterales: esa equivocación acaba atiborrando los aeropuertos, provocando caravanas interminables en las carreteras y haciendo insufribles las playas. Realmente creo que se trata de una nueva plaga bíblica, difícil de combatir. A ver cómo convencemos a estas hordas que dejen sus viseras y camisetas, su papanatismo y sus cámaras, y se dediquen a ver y a admirar lo bello y artístico que encuentran en sus visitas. A lo mejor, aquí necesitamos un milagro del Apóstol.

LA MANO QUE ENSUCIÓ A CARVER

PERIFÉRICA PUBLICA LA ESTREMECEDORA «PERÚ», SEGUNDA NOVELA DE GORDON LISH, EL EDITOR QUE PULIÓ EL ESTILO DEL AUTOR DE «CATEDRAL» Y PADRE DEL REALISMO SUCIO

Tras más un decenio de polémicas, y una larga disputa legal por los derechos entre la viuda Tess Gallagher y la editorial Knopf, parece que muy pronto el lector español podrá acceder a los cuentos de Raymond Carver (1938-1988) tal como figuraban en sus textos originales. Hace meses que la casa barcelonesa Anagrama ha comprometido su publicación para el 2010. Mientras tanto, y gracias al exquisito celo del sello cacereño Periférica, podemos ir disfrutando de *Perú*, la segunda novela —y quizá la más celebrada— de Gordon Lish (Hewlett, Nueva York, 1934), más conocido como Captain Fiction en los ambientes intelectuales y literarios estadounidenses, y el hombre que forjó el estilo de Carver —uno de los más influyentes en los últimos veinte años—, tanto lo ensució que son muchos los que ya le atribuyen la verdadera autoría, la paternidad, del realismo sucio.

Por poner el ejemplo más claro, el libro *Los principiantes* se convirtió en manos de Lish en *De qué hablamos cuando hablamos de amor*, que apenas presentaba la mitad de las 200 páginas que le había entregado el autor, y al que cambió diez de los títulos de los diecisiete cuentos que reúne. Pero es que además Lish recortó diálogos, suprimió escenas enteras, eliminó todas las concesiones al sentimentalismo y los pasajes explicativos, y hasta modificó los nombres de algunos personajes. Cuando salió a la calle en 1981, el volumen causó una honda conmoción en el mundillo de las letras por sus elipsis, su frialdad, su economía, su estilo seco, feroz, su contundencia, sus finales abruptos, su afilado laconismo, su brutalidad incluso al exponer las historias cotidianas contemporáneas, pla-



Gordon Lish es uno de los editores más reputados del mercado editorial estadounidense

En «Perú» un padre ya cincuentón trata de recordar el tiempo en que siendo un niño mató a un compañero de juegos con una azada

gadas de seres en un mundo lleno de derrota y desesperanza. Nada quedaba de las justificaciones humanas de Carver, de su comprensión hacia el perdedor, hacia el que hace daño.

Posteriormente, Carver rompió con su editor, del que nada hay ya en *Catedral* (1983), y del que nada se echa en falta. Carver quizá había aprendido la lección de la parquedad, la crudeza, la distancia, la gelidez y la concisión. Sin embargo, historias, criaturas, observación y escalpelo en *De qué hablamos cuando hablamos de amor* eran ya de Carver. Lish solo cumplió —y rayando la excelencia profesional, eso sí— su trabajo de editor.

Ahora, en *Perú*, siendo una magnífica novela, estremecedora,



NOVELA
«Perú»

Gordon Lish. Traducción de Israel Centeno. Editorial Periférica. 222 páginas. 18,5 euros. ***

podemos ver que escribir, crear un universo propio, es más difícil que pulir un texto, incluso un estilo, ajeno. Lish comienza con la mundialmente afamada concisión de Carver, pero después, sin perder la distancia, la ausencia de juicios —fundamental cuando se trata de narrar desde la óptica de un niño de seis años—, se le va un poco la mano, y hasta no le vendrían mal aquellas tijeras que tan implacablemente aplicaba a Carver.

En cualquier caso, *Perú* merece mucho la pena. La novela, que juega con elementos autobiográficos, narra los recuerdos de un padre ya cincuentón alrededor del tiempo en que siendo un niño de seis años mató a un compañero (Steven Adinoff) en el cajón de arena para juegos de su vecino Andy. No hay culpas ni ánimo de expiación, sino un intento de evocar cómo fue. Y sí se hallarán muchas otras cosas, llenas de matices, reiteradas, obsesivas, llamadas, como las oscuras relaciones dentro de su familia.

Héctor J. Porto

NO VESTÍAN LOS GENERALES COMO CREEMOS

Vuelve a publicarse en castellano *Vértigo*, de W. G. Sebald (1944-2001), ahora de la mano de Anagrama y bajo un sello, por tanto, que está llevando a cabo un constante y valioso esfuerzo por poner al alcance de los lectores en español un amplísimo abanico de la mejor narrativa europea. No es ningún secreto, conviene dejar constancia de ello, que el gran Sebald, tras su desaparición —bueno, quizás desaparición no sea en este caso la palabra más conveniente, vuelven ustedes a estar en lo cierto: el magnífico autor alemán sigue estando muy presente entre quienes compartimos esta afición por la literatura nuestra...—, se resiste muy bien a acatar esa norma terrible que dice que todos los escritores han de caer en un cierto olvido, en un temporal purgatorio, tras su fallecimiento.



NARRATIVA
«Vértigo»

W. G. Sebald.
Anagrama.
Traducción de Carmen Gómez
228 páginas. 17 euros. ***

E importa decirlo muy claramente porque también ello es una prueba de que la trascendencia de su escritura se va haciendo más patente conforme adquirimos mayor perspectiva sobre sus libros, ¿no creen?

ENTRE LAS CUMBRES

Los relatos que conforman *Vértigo* están contruidos alrededor de los desajustes que con frecuencia envuelven tanto lo que recordamos como lo que nos directamente nos rodea. Sobre las imprecisiones que a su vez generan, como en un juego de espejos un tanto extraño, los reflejos de lo que vemos o creemos haber visto. Vaya aquí un ejemplo: a finales de la primavera del año 1800, cuando el siglo de las Luces estaba dejando paso a otra cosa diferente, Napoleón

Bonaparte, al frente de 36.000 soldados franceses, atraviesa el Gran San Bernardo. En las filas de aquel ejército va Henri Beyle, que entonces cuenta 17 años de edad. Mucho más tarde, y superada la frontera del medio siglo, Beyle, tratando de reconstruir sus recuerdos —algunos más o menos apuntalados con papel y tinta que ya se habían vuelto viejos—, ve que su memoria le devuelve imágenes como la del general Martigny, a quien cree haber visto contemplar el paso de los soldados «con el atuendo azul celeste y azul real de los consejeros de Estado». Cosa a todas luces imposible, o al menos altamente improbable, puesto que Marmont, en la realidad, vestiría de uniforme, naturalmente...

Ramón Loureiro